



Anales de Antropología

Volumen 39-I

2005



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
ANTROPOLÓGICAS

Anales de Antropología

FUNDADOR JUAN COMAS

CONSEJO EDITORIAL

Lyle Campbell, Universidad de Canterbury

Milka Castro, Universidad de Chile

Mercedes Fernández-Martorell, Universidad de Barcelona

Santiago Genovés, Universidad Nacional Autónoma de México

David Grove, Universidad de Illinois, Universidad de Florida

Jane Hill, Universidad de Arizona

Kenneth Hirth, Universidad Estatal de Pennsylvania

Alfredo López Austin, Universidad Nacional Autónoma de México

Joyce Marcus, Universidad de Michigan

Katarzyna Mikulska, Universidad de Varsovia

Kazuyazu Ochiai, Universidad de Hitotsubashi

Claudine Sauvain-Dugerdil, Universidad de Ginebra

Gian Franco De Stefano, Universidad de Roma

Luis Vásquez, CIESAS Occidente

Cosimo Zene, Universidad de Londres

EDITORES ASOCIADOS

Yolanda Lastra, Universidad Nacional Autónoma de México

Rodrigo Liendo, Universidad Nacional Autónoma de México

Rafael Pérez-Taylor, Universidad Nacional Autónoma de México

Carlos Serrano Sánchez, Universidad Nacional Autónoma de México

EDITOR

Lorenzo Ochoa, Universidad Nacional Autónoma de México

Anales de Antropología, Vol. 39-I, 2005, es editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. ISSN: 0185-1225. Certificado de licitud de título (en trámite), Certificado de licitud de contenido (en trámite), reserva al título de Derechos de Autor 04-2002-111910213800-102.

Se terminó de imprimir en junio de 2006, en *Desarrollo Gráfico Editorial, S.A. de C.V.*, México, D.F. La edición consta de 500 ejemplares en papel cultural de 90g; responsable de la obra: Lorenzo Ochoa; la composición la hicieron Martha Elba González y Ada Ligia Torres en el IIA; en ella se emplearon tipos Tiasco y Futura de 8, 9, 11 y 12 puntos. La corrección de estilo en español estuvo a cargo de Adriana Incháustegui, la corrección de textos en inglés estuvo a cargo de Nicolás Mutchinick; la edición estuvo al cuidado de Ada Ligia Torres y Héliida De Sales. Diseño de portada: Andrea Méndez. Realización: Martha González. Adquisición de ejemplares: librería del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Circuito Exterior s/n, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., tel. 5622-9654. e-mail: libroiia@servidor.unam.mx

“LA ENVIDIA DEL PENE” UNA REINTERPRETACIÓN A LA LUZ DE LA ANTROPOLOGÍA DEL CUERPO

José Carlos Aguado Vázquez
Facultad de Medicina, UNAM

Resumen: Sigmund Freud propone este concepto para explicar al sujeto femenino. En realidad hace una interpretación del ser mujer en una perspectiva negativa –por lo que no tiene. Han pasado muchos años desde esa propuesta y existen otras lecturas psicoanalíticas que han enriquecido esta aportación. Sin embargo, es necesario realizar una interpretación antropológica de la identidad femenina que permita abundar a profundidad sobre dicho fenómeno.

En este trabajo se realiza un análisis de la configuración del sujeto femenino a la luz de la identidad de género. La tesis central se desarrolla alrededor de la idea de que Freud realiza una lectura del ser femenino tal y como era comprendido por la ideología hegemónica del siglo XIX. Ser mujer en ese momento histórico pasa por una definición negativa –definida por su carencia. Un fenómeno que anuncia una redefinición del ser mujer y de ser hombre. “La envidia del pene” es una manera obscura de dar testimonio de este cambio social de largo alcance, que aún no termina. Esta presentación se apoya en material empírico sobre la imagen corporal en nuestro medio que permite, además reconocer la especificidad del cambio en relación con la envidia en la mujer del siglo XX y XXI.

En el trabajo también se realiza una reflexión de la relación entre ideología y psicoanálisis con motivo de este tópico específico.

Palabras clave: identidad femenina, imagen corporal, ideología y psicoanálisis.

Abstract: Sigmund Freud proposes this concept to explain to the feminine subject. In fact it makes an interpretation of the being woman in a negative perspective –reason why it does not have. They have spent many years from that proposal and exist other psychoanalytic readings that have enriched this contribution. Nevertheless, it is necessary to make an anthropological interpretation of the feminine identity that allows to abound to depth on this phenomenon.

In this work an analysis of the configuration of the feminine subject to the light of the sort identity is made. The central thesis is developed around the idea that Freud makes a reading of the feminine being so and as was included/understood by the hegemonic

ideology of century XIX. To be then historical woman passes through a negative definition –defined by its deficiency. A phenomenon that announces a redefinition of the being woman, and being man. “it envies It of the penis” is a dark way to give testimony of this change of articles of incorporation of long reach, that not yet finishes. This presentation leans in empirical material on the corporal image in our means that allow, in addition to recognize the specificity of the change in relation to envies it in the woman of century XX and XXI.

In the work also a reflection of the relation between ideology and psychoanalysis in the occasion of this specific topic is made.

Keywords: feminine identity, corporal image, ideology and psychoanalysis.

La envidia es un complejo sentimental constituido por deseo y odio. Deseo del objeto, odio de no tenerlo. El pene es un término que puede entenderse de varias formas como el órgano genital, como el objeto libidinal, como semblanza y como símbolo (falo) (Braunstein, 2001).

Si entendemos el pene como órgano genital la niña pasa por un periodo en el que reconoce su identidad sexual por contraste, lo que se asocia con la evidencia de tener o no pene. Dolto (2001) considera que es una etapa inicial que es superada por la niña cuando puede definirse por lo que sí es y sí tiene, una vagina. En esta perspectiva la envidia del pene no sería más que una etapa de identidad negativa por la que pasan tanto niños como niñas, definirse por lo que no se es: en el caso de los niños de ambos sexos se definen también por no ser animales, no ser plantas, no ser adultos, etcétera. Si lo entendemos como el objeto libidinal podemos referirnos al cambio de objeto-madre a objeto-padre en el desarrollo infantil femenino. Aunque todo esto es de interés y se ha prestado a precisiones posteriores, me quiero referir a la acepción del pene como un símbolo (falo) porque de esta forma podemos aprehender mejor la dimensión ideológica e histórica de la *envidia del pene* que según Dolto: *articula unificando, varios tipos de oposición: activo/pasivo, emisor/receptivo, centrífugo/centrípeto (ibid).*

El concepto de falo está inscrito en polaridades que se integran en cadenas de evidencias ideológicas: masculino-fuerte-intrusivo-activo-cielo frente a femenino-débil-receptivo-pasivo-tierra. También se integran las funciones sociales asociadas, por ejemplo masculino-público/femenino-privado, masculino-calle/femenino-casa; masculino-mundo-laboral/femenino-mundo-doméstico. En esta acepción se establece la relación simbólica entre padre-lenguaje-razón y madre-silencio-sentimiento, y en la imagen corporal la asociación simbólica de madre-corazón/padre-cabeza.

Quiero decir, con toda medida, que Freud y sus seguidores no han estado exentos de estas evidencias ideológicas. Por ejemplo, Freud (1981) hace referencia al término de masculino y femenino como activo/pasivo; el concepto de Lacan de falo está signado como El-Nombre-del-Padre, que en términos también lacanianos se vincula con el lenguaje (Morales y Gerber, 1998).

Ahora bien, la acepción simbólica del pene inscrita en estas cadenas de evidencias ideológicas nos permite preguntarnos por el momento histórico en el que Freud realiza su observación y por el significado social de la misma.

Sigmund Freud, siendo un cuidadoso observador, documentó la envidia del pene entre sus pacientes. Se ha discutido si su lectura es machista o si sólo pudo realizar una interpretación patriarcal de la mujer. Considero que Freud fue muy riguroso y documentó clínicamente un fenómeno de gran alcance social. Me explico como sucede con la psique, en cualquier ámbito está sobre-determinada por la cultura y por la sociedad. “La envidia del pene” es, a mi parecer, el síntoma sensible de un cambio cultural que se inicia en el siglo XIX y se desarrolla durante todo el siglo XX y lo que va del XXI. Pero, ¿de qué cambio estoy hablando? Me refiero a la transformación de los referentes ideológico-culturales masculino/femenino que ha traído transformaciones en cascada de evidencias ideológicas asociadas como lo público y lo privado; lo laboral y lo doméstico que en conjunto han puesto en crisis una institución milenaria: la familia. Esta verdadera revolución más o menos silenciosa ha replanteado relaciones fundamentales de la sociedad occidental: la relación hombre/mujer por supuesto además de la relación padres/hijos. Estas relaciones trastocan todo el tejido social, por ello estamos ante una transformación de largo alcance en términos históricos que está lejos de haberse agotado.

Para sustentar esta tesis primero analizaré el momento en el que esto fue documentado por Freud, para más adelante analizar el momento presente y aventurar una prospectiva.

ANTECEDENTES

En los albores del siglo XIX podemos identificar con claridad dos procesos sociales propios del capitalismo y un contexto cultural que determinan de muchas formas este cambio:

a) La demanda laboral fabril de mano de obra que reclama la participación femenina de forma paulatina primero, pero consistente y acelerada después.

b) El desarrollo incipiente de la democracia que reclama la participación pública de *todos* los ciudadanos que se expresa en una lucha también consistente por el voto femenino.

c) Estos procesos se desarrollan en un ámbito cultural que se hereda de épocas pretéritas, pero que se resignifica y conserva hasta la fecha: la institución de la primogenitura.

A continuación abundaré en estos tres aspectos:

La demanda laboral fabril genera una verdadera tensión social, la participación femenina en las labores productivas era un hecho entre el campesinado, pero siempre de manera subordinada y marginal a la actividad central del hombre (Bordieu, 2000). Con el surgimiento del capitalismo y la transformación de las formas productivas, la mujer empieza a ser reclutada en el ámbito laboral fabril lo que genera ajustes y trastornos a las maneras tradicionales de acción social tanto femenina como masculina. Si bien en un inicio se trata de reproducir la jerarquización tradicional, el ámbito fabril tiende a homogeneizar la fuerza de trabajo y por esa vía a hombres y mujeres. Las mujeres entran de lleno en un mundo ideológicamente masculino, al principio, por necesidad de adaptación retoman muchas de las formas de relación *típicamente masculinas*, por ejemplo, el albur; la rivalidad activa, el manejo de la envidia a través de la racionalización, aunque también introducen nuevos elementos al ámbito laboral como el comadreo, el chisme, la atención espacial (el cuidado del entorno lo que incluye el espacio y las relaciones interpersonales), el manejo sentimental de la envidia hasta entonces propios de la mujer.

Me detengo un momento en la envidia laboral por relacionarse directamente con el tema que nos ocupa. La envidia laboral es estimulada dentro de las relaciones sociales de producción capitalista, particularmente en el ámbito fabril, donde el modelo tayloriano y fordista permeó las relaciones sociales. La competencia no es vista como un problema sino como un estímulo a la producción. En este contexto ideológico los hombres primero y después las mujeres tuvieron que enfrentar la envidia a través de mecanismos que permitieran la convivencia y el trabajo colectivo. El mecanismo utilizado es tomar mayor distancia (afectiva) del compañero y racionalizar, como no es suficiente para desactivar los efectos nocivos de la envidia los hombres utilizaron la relación corporal muscular, frecuentemente a través del juego y del deporte, para canalizar la agresión remanente.

En esto las mujeres tuvieron que “padecer” un cambio que les implicaba mayor esfuerzo por apartarse más de su rol tradicional. Ser más agresivas,

activas, competitivas, intrusivas, tomar mayor distancia emocional y racionalizar los sentimientos. Este proceso de *normalización femenina* está vigente en la actualidad. Por supuesto que estos cambios desajustaron los patrones (schemes) femenino/masculino que hasta entonces se concebían complementarios y que se simbolizaban frecuentemente en el acoplamiento sexual (Bourdieu, 1991). En términos simbólicos pareciera que habría un encuentro de falos, “lucha de espadas”, como sucedía entre hombres. Este cambio por sí mismo nos explica por qué la disputa del falo se dio en el terreno ideológico, también nos explica por qué se incrementó la envidia en las relaciones sociales. La familia no estuvo exenta de este proceso y el desarrollo infantil se vio afectado por estos cambios.

Dice Aristóteles (1990) en su *Retórica* que la envidia sólo puede ser experimentada entre iguales o entre sujetos que se encuentran socialmente cercanos. El capitalismo trajo como consecuencia el acercar a la mujer a la condición hasta entonces exclusiva de los hombres, ideológicamente la mujer se sintió en condiciones de disputarle al hombre parte de su territorio (aún todo) esto es mediado por la envidia necesariamente –deseo de tener el lugar hasta entonces reservado para el hombre y odio por vivirse injustamente relegada.

Existen lecturas sobre la condición femenina que olvidan que esta experiencia de injusticia femenina emerge como fenómeno social hasta el siglo XIX en ciertas clases sociales (obrero, clase media, burguesía) y en los lugares en donde se asientan con fuerza las relaciones sociales capitalistas. Por ello, interpretar la condición femenina de injusta, fuera del contexto histórico, sólo genera confusión.

Así las cosas, el ámbito familiar empieza a generar nuevas tensiones entre los dos adultos, el rol tradicional de masculino-proveedor, femenino-cuidador se ha trastocado de manera definitiva. Algunas familias no sobreviven a este cambio y se rompen, estableciéndose familias con un solo progenitor (frecuentemente femenino), otras familias hacen sus arreglos para mantenerse unidas y van ajustando los roles aunque a menudo lo que sucede es que la mujer lleva un doble rol: en el trabajo es pro-activa en casa regresa al rol tradicional. Por supuesto que esto genera tensiones emocionales difíciles de resolver, en principio la mujer trabajadora se ve sometida a la soledad o a la disociación. La mujer ha perdido su *focus*, esto traerá múltiples consecuencias culturales y va a modificar en definitiva el proceso de identidad sexual de las próximas generaciones.

La lucha femenina por sus derechos ciudadanos, dentro de los que ocupan un papel relevante los derechos de participación democrática, es una

muestra clara de que este cambio social no fue realizado de forma pasiva. Las mujeres (y los hombres) participaron activamente en la lucha política por las reivindicaciones ciudadanas que eran consecuencia lógica de las nuevas relaciones sociales. No es de extrañar que estos movimientos sociales dieran inicio en Inglaterra primero y en los Estados Unidos de Norteamérica después.

La lucha por la igualdad ante la ley formó parte de toda esa avalancha de movimientos sociales que se gestaron durante el siglo XIX y que fueron el eje del cambio social a lo largo del siguiente siglo. Lo que el ámbito de la producción exigía, el ámbito de la política lo desarrollaba: hombres y mujeres en condiciones de igualdad como compañeros de causa hacen frente a la desigualdad social propia del capitalismo a la vez que replantean las más añejas tradiciones culturales sobre la familia, las relaciones hombre-mujer y las relaciones padres-hijos en un contexto de lucha política contra el autoritarismo.

Desde las revoluciones del 48 (siglo XIX) hasta las primeras revoluciones del siglo XX: Revolución Mexicana, Revolución Soviética, Revolución China, fueron marcadas por estas tendencias y reivindicaciones que trastocan lo masculino/femenino tradicional.

En el ámbito político la envidia propia de la contienda es dirigida hacia la lucha política, pero cuando la lucha pierde intensidad los actores sociales tienen que enfrentarse a sus propios demonios. En el interior de las mismas organizaciones populares y revolucionarias se reproducían de otra manera “naturalmente” los roles tradicionales, lo que generó no pocas tensiones entre compañeros y dio pie a la reivindicación feminista separada del resto de las justas sociales.

En México, por ejemplo, es muy reciente la idea de que la presidencia de la República pudiera ser ocupada por una mujer. Aunque excede el interés de mi trabajo es menester mencionar que esta misma tendencia de igualar a los sexos se puede apreciar en los campos de la ciencia, el deporte, y poco a poco ha ido alcanzando todos los ámbitos de la sociedad (la Iglesia se resiste).

Estos cambios de fondo en lo económico y en lo político sobre-determinan la vida familiar y afectan el proceso de construcción de identidad sexual, como analizaré enseguida.

Los infantes construyen su identidad de género en buena parte a partir de los significados que se tejen con ambos padres. Quiero decir, que los vínculos entre padres e hijos son la “matriz” en la que se realiza ese proceso culturalmente determinado de la construcción de la identidad de género. Si los referentes de los padres se modifican, los vínculos también. Es claro que la

figura de papá y mamá, no sin conflictos, se modificó aceleradamente y que los procesos de identificación que dan pie a la identidad se vieron afectados. No es el momento para entrar en detalles, pero con respecto al tema que nos ocupa, es perfectamente entendible que esta envidia del pene expresada socialmente por la búsqueda de la igualdad femenino/masculino tuviera un reflejo en el ámbito psíquico. En mi opinión refleja un momento de transición en el que las niñas reconocen tempranamente este desajuste y lo significan como envidia del pene, que en otro lenguaje sería: si mamá quiere tener lo que tiene papá, quiero tener lo que tiene mi hermano, particularmente quiero tener el poder de obtener mi objeto (del deseo). Claro que en la niña este objeto termina convirtiéndose en papá y se realiza el fascinante proceso Edípico. También se refuerzan las evidencias ideológicas que asocian pene-poder-padre-lenguaje-política-trabajo-calle y cabeza. Sin embargo, estas evidencias están siendo socavadas en la medida en que son cuestionadas. Como sabemos la primera condición funcional de las evidencias ideológicas es su incuestionabilidad, su aparente universalidad y naturalidad, características que por lo antes mencionado fueron socavadas de forma permanente.

La primogenitura. Existe un tercer elemento que completa este escenario de transformación social y es lo que denomino la primogenitura. Entiendo por esto como la estructura, presente en muchas culturas (ciertamente en las culturas occidentales por la herencia judeo-cristiana) que reglamenta las relaciones de parentesco de forma tal que determina la distribución de bienes materiales y del capital cultural en el interior de una familia. En mi opinión es, después del tabú del incesto, el dispositivo más importante en la reproducción cultural. La primogenitura es pues un dispositivo de la cultura que señala al primer hijo varón dentro de los demás hijos como el depositario (investidura) de la herencia paterna. Es una especie de albacea elegido para garantizar la herencia patrilínea. Si bien incluye los bienes materiales el dispositivo opera fundamentalmente con el capital cultural patriarcal. En el caso, por ejemplo, de los judíos el primogénito garantiza la continuidad (reproducción) del linaje ideológico-espiritual que permite la conservación de la identidad judía más allá de razas, clases o nacionalidades. Ciertamente ha demostrado ser un dispositivo muy eficaz.

La primogenitura al igual que el tabú del incesto opera en razón de su estructura simbólica, quiero decir, que las evidencias ideológicas asociadas con el primogénito funcionan como un fantasma (fantásmata) un vector imaginario que orienta la identidad de todos los participantes familiares (Malfe, 1994). Así, por ejemplo, los hijos (hombres y mujeres) que no son el primo-

génito, se definen en principio por lo que no son, es decir, de forma negativa. En términos psicoanalíticos no son los depositarios primordiales del deseo de los padres. Esto genera un abanico de posiciones que favorece la diversidad en los hijos (as). Por ejemplo, tenemos los estereotipos comunes del hijo menor o Benjamín que se espera se conserve pequeño y generalmente es depositario de los temores inconscientes de los padres. El estereotipo del hijo de en medio o “sándwich” es que tiene problemas para encontrar un lugar y acaba siendo el más rebelde, etcétera.

Este fantasma opera también para el hijo mayor, pues le exige de forma inconsciente, aspirar a convertirse en el ideal paterno lo que le genera una estructura superyoica sobrexigente. Estos tipos *bien conducidos* garantizan la reproducción de la cultura y permiten introducir los cambios controlados que mantienen vital una identidad social. Estos tipos *mal conducidos* generan enfermedad mental, pero eso es motivo de otro análisis que dejaremos para otra ocasión.

La envidia del pene se explica también en función de este dispositivo ideológico: todos los hijos (es decir todos los sujetos) se definen a partir del concepto de primogénito, las niñas por necesidad se definen como el Otro radical, no sólo no son el primogénito porque no nacieron primero, como podría sucederle a un niño segundo o tercero, sino que no son el primogénito porque no son varones. Esta definición de la Otredad radical permite un equilibrio basado en pares de opuestos, el primogénito/los otros hijos; el primogénito/las niñas; el primogénito/ los otros niños. Además genera pares de opuestos en el ámbito ideal: el primogénito (ideal)/el primogénito (real), siempre insuficiente por definición. La insuficiencia de este albacea favorece una tensión ideológica que va de la conservación al progreso; de la reproducción al cambio, pero en sentido ascendente. Podríamos decir que la envidia del pene surge realmente cuando este dispositivo empieza a agotarse al ser cuestionado. La niña reconoce esa distinción, pero no la acepta como condición absoluta y la cuestiona, al igual que las mujeres adultas que la rodean.

No debería extrañarnos que un dispositivo que operó con eficacia durante siglos y que responde bien a las necesidades culturales vinculadas a la conservación de *linajes* empiece a perder vigencia al cambiar radicalmente las relaciones sociales de producción y generarse un reacomodo de la cultura. Sin embargo, sabemos que la cultura tiene tiempos largos, es un dispositivo que todavía opera en la sociedad moderna, aunque ha ido perdiendo peso en amplios sectores sociales, no podemos aún anunciar su enterramiento porque se ha resignificado adecuándose a las nuevas necesidades del capital. De todas formas ha sido cues-

tionado fuertemente por la idea (práctica) del ser ciudadano (todos iguales) y por la idea (práctica) de la igualdad de género.

En una investigación previa (Aguado, 2004) en la que analicé la imagen corporal de acuerdo con clases sociales, género y edad me encontré que en esta transición las cadenas de evidencias ideológicas tradicionalmente aceptadas sobre lo masculino y lo femenino como: madre-femenino-corazón-sentimiento-pasivo-receptivo frente a padre-masculino-cabeza-razón-intrusivo estaban transformándose rápidamente.

Los lugares tradicionalmente asociados con femenino/masculino como corazón y cabeza se han puesto en tela de juicio y han generado nuevas evidencias sobre la identidad de género. Nuevas cadenas de evidencias, que por ser muy recientes nos han metido en una crisis de identidad sin precedentes. En la imagen corporal, hombres y mujeres tenían claramente asociadas: cabeza con razón y con masculino; y tórax con sentimiento y con femenino. Tenían una jerarquía en la que la razón se imponía a los sentimientos y eso representaba un ideal de la cultura basado en el control de los sentimientos y los impulsos. La modificación de este modelo, en sus inicios (siglo XIX) generó desajustes y propició entre otras cosas, una verdadera epidemia de histeria conversiva que no casualmente dio pie al nacimiento del psicoanálisis. En la actualidad los conflictos, entre el sentir y el pensar, siguen siendo la primera causa de consulta para el psicoanálisis.

En este proceso se pueden observar ganancias inmediatas por ejemplo: al modificarse las jerarquías e igualarse la mujer al hombre se ha revalorado también los sentimientos, otorgándoles un estatus similar a la razón, de ahí esta nueva moda de hablar de inteligencia emocional.

En síntesis, encuentro tres tendencias que caracterizan este momento de cambio cultural:

La cefalización de los sentimientos. Proceso por el cual diversos sentimientos que hace apenas 30 años se ubicaban en el tórax, hoy se ubican en la cabeza, dentro de la imagen corporal, es decir, se han modificado de una generación a otra. La cefalización es consecuencia directa del predominio de la racionalización como mecanismo de defensa dentro de los procesos afectivos. Este es el caso del manejo de la envidia en las mujeres trabajadoras y ejecutivas. También es el caso de los hombres en relación con la tristeza, la rabia y el odio. En la investigación mencionada todos los jóvenes menores de 30 años ubican estos sentimientos en la cabeza a diferencia de los hombres y mujeres de más de 30 años que lo vinculan con el tórax y el corazón. Esta tendencia nos ha generado una “cultura de la negación” que nutre los consultorios de psicoterapia.

peutas, mantiene saturados los hospitales psiquiátricos y alimenta la industria farmacéutica en su línea psicoactiva.

Además de los sufrimientos personales que esto ocasiona, se ha generado un verdadero conflicto social que explico a continuación. Decía al inicio de este trabajo que la envidia está compuesta de odio y deseo. Tanto el deseo de tener lo de otro, como el odio por carecer de ello son sentimientos que racionalizados y reprimidos tienden a invertirse y a convertirse en miedo (a ser despojado, a ser agredido, a ser dañado, en definitiva miedo a la muerte).

La estimulación de la envidia tiene también otra fuente: las últimas tres décadas se han caracterizado por un incremento sustancial de la pobreza y de la pobreza extrema lo que ha afectado incluso a las capas medias de la sociedad. Este proceso de pauperización de grandes capas sociales genera una experiencia de despojo¹ que es terreno fértil para la envidia. Ahora bien, el tratamiento de estos sentimientos a partir de la negación-racionalización ha generado una auténtica epidemia de miedo. Cuando hablo de mecanismos de negación-racionalización no sólo me refiero a los mecanismos psíquicos conocidos sino a los procedimientos ideológico-políticos más utilizados por el Estado para justificar la injusticia social.

El miedo fuera de “madre” es la base ideológica más común de la inseguridad porque mina la confianza y la solidaridad. La confianza es el elemento indispensable para la convivencia. El miedo favorece también la parálisis, la apatía, las adicciones y la violencia.

Ernest Becker (2000) en su texto, *La negación de la muerte*, plantea que en el fondo de los conflictos inconscientes se encuentra el miedo a la muerte y que su negación genera el sufrimiento, coincido con este autor, aunque yo considero que dicho miedo no es una condición “natural” del ser humano sino que se encuentra históricamente determinado y creo que es propio de la modernidad y particularmente de la época actual. Asumo que la inteligencia humana nos trajo la conciencia de muerte y esto se expresa frecuentemente como miedo, pero las condiciones histórico-culturales determinan de qué forma se afronta este problema universal.

La tendencia hedonista-catártica que privilegia la descarga inmediata de los deseos, impulsos o sentimientos, y que es el campo fértil de las adicciones en nuestro medio. Esta tendencia se puede apreciar como consecuencia de la infantilización de los adultos. La formación infantil no prepara a los sujetos

¹ Una situación similar de despojo fue vivida durante la Conquista y no es casual que fray Juan de Zumárraga estuviera muy atento al fenómeno de la envidia.

para la espera y genera adultos con muy baja tolerancia a la frustración. Esta tendencia surge directamente de las dificultades de desarrollo propias de un universo más complejo, en donde las diferencias se van sofisticando y los matices generan confusión en los sujetos. Ahora las definiciones de identidad se abren en posibilidades y eso reclama una mayor claridad de padres a hijos. Por ejemplo, en el universo ideológico antes existían sólo dos géneros y dos preferencias sexuales, todo lo que se apartara de esto se consideraba anormal o patológico por lo que las identificaciones sexuales eran relativamente simples. Ahora las posibilidades se multiplican y eso aumenta la complejidad.

Estas tendencias varían de acuerdo con la clase social, el género y la generación. En México las clases medias ilustradas y la generación de menos de 30 años han transitado más aceleradamente por estos hitos.

El reconocimiento del cuerpo vivido constituye una tercera tendencia que tiene una dimensión psicológica y una social y es el reconocimiento de las sensaciones, sentimientos, impulsos, fantasías y deseos sin reprimirlos y sin actuarlos *acting out*. Es una vía más elaborada, pero que permite la integración del sujeto. Esta tendencia, también presente en nuestro medio, se alimenta de la capacidad de autoobservación, para lo que ha contribuido el psicoanálisis en su mejor expresión y algunas corrientes filosóficas y espirituales que proponen el autoconocimiento como vía para el desarrollo.

En un momento de cambio no hay nada escrito de antemano, pero el conocimiento de estos fenómenos nos permite orientarnos en el proceso. En mi opinión, el genial creador del psicoanálisis observó agudamente en sus pacientes esta transición y la denominó *envidia del pene*. Necesitábamos un poco de distancia histórica para poder ver que éste era un fenómeno social expresado en el diván.

REFERENCIAS

AGUADO VÁZQUEZ, JOSÉ CARLOS

2004 *Cuerpo humano e imagen corporal. Notas para una antropología de la corporeidad*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ARISTÓTELES

1990 *Retórica*. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.

BECKER, ERNEST

2000 *La negación de la muerte*. Ed. Kairós, Barcelona.

BORDIEU, PIERRE

1991 Estructuras hábitos, prácticas. *El sentido práctico*, Ed. Taurus Humanidades, España.

2000 *La dominación masculina*. Ed. Anagrama, Barcelona.

BRAUNSTEIN, NÉSTOR A.

2001 El falo como S.O.S. (significante, órgano, semblante). *Por el camino de Freud*, Ed. Siglo XXI, México.

DOLTO, FRANÇOISE

2001 *Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino*. Ed. Paidós, México.

FREUD, SIGMUND

1981 Tres ensayos para una teoría sexual. *Obras completas en tres tomos*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid.

MALFE, RICARDO

1994 *Fantásmata. El vector imaginario de procesos e instituciones sociales*. Ed. Amorrortu, Argentina.

MORALES, HELÍ Y DANIEL GERBER (COORDS.)

1998 *Las suplencias del nombre del padre*. Ed. Siglo XXI, México.